

Duelos en la infancia

*Sonia Ihlenfeld de Arim**

*“Si pudiera mirar por tus ojos
me vería perdida en mi espera”
Esther.*

Resumen

A partir del análisis de dos niñas que han vivido la muerte de uno de sus padres se reflexiona sobre los respectivos procesos de duelo.

La elaboración y simbolización de la experiencia vivida puede quedar trabada si los adultos no le brindan al niño representaciones que le permitan trabajar mentalmente con la pérdida.

Esto incide en la movilización del proceso identificatorio con el objeto perdido lo que a su vez muestra las características del trabajo de duelo.

Summary

From the analysis of two girls who had lived the death of one of her parents, it reflects the respective duel processes.

The symbolization and elaboration of the lived experience can remain fostened if the adults do not offer to the child representation that allow him mindly work with the loose of his parents.

This incides in the movilization process with the lost object, which at the same time shows the characteristics of the duel work.

* Av. Libertador 1641 ap. 1103. arim@adinet.com.uy

**Descriptores: MUERTE / DUELO / IDENTIFICACIÓN /
PSICOANÁLISIS DE NIÑOS / PERDIDA / AÑORANZA / SIMBOLIZACIÓN /
MATERIAL CLÍNICO**

I

La pérdida de seres queridos es una experiencia que forma parte de lo cotidiano pues la irreversibilidad del pasaje del tiempo hace que el existir de todo ser humano transcurra en medio de la presencia inevitable de la muerte. Sin embargo constituye una de las situaciones más dolorosas por las que se transita en la vida siendo a la vez un acontecimiento que siempre golpea y de algún modo altera la esencia del funcionamiento psíquico.

El duelo de por sí es un fenómeno complejo y es un elemento central en la vida de toda persona. El transitarlo se vincula por un lado a sus posibilidades de elaboración y cambio y, por otro remite siempre a la cadena de duelos precedentes que lo han marcado como ser individual.

La infancia se caracteriza por las múltiples separaciones que un niño debe atravesar las que implican pérdidas objétales a la vez que empuje al desarrollo individual. Estas pérdidas son naturales, necesarias, indispensables para la apertura hacia la vida personal a partir de la estrechez de los vínculos primarios.

Es un proceso en el tiempo, marcado incluso por edades de separación que quedan ligadas a la iniciación de nuevas organizaciones vitales. Sin embargo, son separaciones que implican modificaciones en la característica del vínculo pero no, la desaparición definitiva del objeto en la realidad.

Son separaciones que van constituyendo al ser humano como individuo teniendo su origen en la que se engendra con la madre en el momento del nacimiento. El proceso continúa el resto de la vida produciéndose distanciamientos no sólo de seres queridos sino también de aspectos de sí mismo, alejamientos que provocan muchas veces dolor y también crisis. Pero siempre marcan el camino hacia lo particular y personal (Arfouilloux, 1986).

Por otro lado, la niñez tampoco queda indemne al infortunio de pérdidas por muertes de seres queridos cercanos.

Sin embargo, no es habitual que un chico se vea enfrentado a la muerte de alguno de sus padres. Cuando esto sucede la conmoción suele ser particularmente intensa pues con su psiquismo en formación los necesita como soporte narcisista, como sostén identificadorio, como figuras receptoras a sus movimientos pulsionales.

Tanto unas como otras pérdidas implican procesos de duelo, sin embargo, la movilización que provocan en la organización psíquica de un niño es diferente.

En la literatura psicoanalítica que estudia estos puntos existen opiniones dispares. Hay autores que sostienen que el niño sólo está en condiciones de registrarla vivencia de separación con la angustia concomitante y equiparan separación y duelo (Klein, 1934, 1940; Bowlby, 1980).

Otros, en cambio, enfatizan aquellos aspectos que puedan diferenciar el trabajo psíquico puesto en juego frente a la pérdida de un ser querido del que surge frente a otras en las que el objeto permanece con vida. (Hanus, 1976; Arfouilloux, 1986)

En la obra de Freud no surgen alusiones específicas en relación al duelo en los niños y, por otro lado sus referencias a la separación con el objeto son escasas.

Sin embargo, podemos encontrar algunas reflexiones sobre lo que él entendió que sucedía en la vida psíquica de algunos niños, en un sentido, frente a situaciones de separación transitoria y, en otro de pérdida por muerte de alguna de las figuras parentales.

Es por nosotros conocido el juego del “Fort und Da” experimentado por su pequeño nieto Ernest de 18 meses de edad en ausencia de su madre a través del cual lograba expresar simbólicamente su vivencia (Freud, 1920).

También se refiere Freud a un sueño significativo de este mismo niño. Escribe: “Si no me equivoco, el primer sueño que me contó mi nieto de 20 meses de edad, muestra

claramente que el trabajo de sueño logra transformar su materia en una relación de deseo, mientras que el afecto que forma parte de él permanece sin cambios, incluso en el estado de sueño. El niño grita la noche anterior al día en que su padre debe partir al frente, con violentos sollozos: Papá! Papá! Bebi! Esto sólo puede significar, papá y bebi permanecen juntos mientras que con los llantos reconoce la inminencia de la partida. El niño estaba entonces bien capacitado para expresar el concepto de la separación” (Freud, 1900).

Ernest tenía 5 años 9 meses cuando murió su mamá en una epidemia de neumonía gripal. Freud expresa que el pequeño no mostró duelo alguno por ella.

Nos encontramos así con que teniendo menor edad pudo hacer manifestaciones que daban cuenta de sus posibilidades de elaboración del alejamiento de sus padres, mientras que frente a la pérdida definitiva de su mamá parece no transmitir manifestaciones específicas de dolor ni expresiones simbólicas que dieran cuenta de lo que estaba viviendo.

Años después Freud (1927) se refiere a dos pacientes que siendo niños habían perdido a sus respectivos padres, uno a los 2 y otro a los 10 años. Expresa entonces que en sus vidas anímicas una corriente no había reconocido la muerte, ésta había sido “escotomizada”, pero existía otra que había dado cabal razón de ese hecho. Coexistían una junto a la otra la actitud acorde al deseo y la acorde a la realidad.

En cuanto a la separación como concepto, Freud, por un lado lo refiere a la angustia por la que atraviesa todo ser humano frente a la pérdida del objeto amado y, por otro lo vincula con la problemática de la castración y de la situación edípica.

La angustia primaria se produce según él cuando el niño está solo, cuando está en la oscuridad, cuando halla a una persona ajena en lugar de la que le es familiar y se reduce a una única condición, la de que “se echa de menos a una persona amada (añorada)”. Agrega: “Esta angustia sería una expresión de desconcierto, como si este ser, muy poco desarrollado todavía no supiese qué hacer con su investidura añorante”. (Freud, 1926)

Expresa también que frente a la ausencia de la madre el pequeño se siente sometido a una situación de peligro y la angustia demuestra ser producto del desvalimiento.

Así, el yo inmaduro registra dos peligros: el de la pérdida del objeto con la añoranza que esto le despierta y el del desvalimiento.

Posteriormente, en la fase fálica Freud plantea que esta angustia se muda en angustia de castración que es angustia de separación, pero en este caso de los genitales.

Se produce una elaboración retroactiva de la experiencia de separación que cobra un nuevo sentido frente a la evolución de la sexualidad (Nachträglichkeit).

Vincula entonces la separación con la problemática de la castración y de la situación edípica.

En este contexto el objeto perdido es el objeto deseado pero prohibido.

La prohibición y la angustia de castración movilizan el trabajo de separación que es gestado tanto por el sujeto como por el objeto.

El trabajo de separación surge, en el niño, fundamentalmente por la angustia a la pérdida-separación de sus propios genitales y por la frustración de su deseo lo que hace que en la situación edípica sea trabajo de resignación.

Resignar implica el avenirse a la entrega del objeto a un tercero.

Por lo tanto, constituye un paso de mayor compromiso en la comprensión de un aspecto de su realidad tanto interna como externa, el de la existencia de la triangularidad.

Indudablemente ello constituye un avance fundamental en su organización psíquica.

Estas pérdidas, tolerables para el yo del niño movilizan las fuerzas integradoras de su psiquismo.

En cambio, cuando se ve enfrentado a la muerte de alguno de sus padres la situación se complejiza. El dolor provocado por la añoranza del objeto perdido queda unido a vivencias de desvalimiento, de fragilidad yoica, de inermidad, lo que da lugar a una cualidad de angustia diferente a la que surge frente a la resignación del objeto en la situación edípica. Estaría vinculado a lo que Freud describe como angustia primaria.

Por otra parte la angustia ante la pérdida de un ser amado sostenedor se hace intolerable para el yo inmaduro, no autónomo, llevándolo entonces a la utilización de severos y persistentes recursos defensivos.

Estos mecanismos son los que Freud describe (1927, 1940) en sus dos pacientes a los que se refiere en su trabajo sobre fetichismo y, que observó anteriormente en su nieto pero sin conceptualizarlos en ese entonces. Lo hizo en el ámbito de sus estudios sobre la psicosis y el fetichismo donde plantea que frente a una realidad intolerable para el yo surge, a veces, la coexistencia de dos actitudes psíquicas frente a la misma. Una de ellas la tiene en cuenta, la otra la niega y la sustituye por una producción de deseo manteniéndose las dos actitudes sin influirse recíprocamente. Esta función implica a su

vez, la desmentida (Verleugnung), concepto que Freud comienza a utilizar en relación al reconocimiento de la castración pero que constituye, a su vez, un prototipo de otros desconocimientos de la realidad.

El observar la fuerza de estos mecanismos en niños enfrentados a pérdidas de sus padres y que él analizó siendo ellos adultos, lo llevó a pensar que los mismos no son raros en la vida infantil teniendo muchas veces que ver con tiempos necesarios para el reconocimiento de aspectos provenientes del mundo externo que se hacen insostenibles para el yo.

Nos encontramos así, con que la renegación y la escisión pueden ser moratorias necesarias para la elaboración de lo sucedido. (Pelento, 1995) En todo duelo se ponen en juego.

Sin embargo, cuando la pérdida ha sido muy temprana o no ha habido condiciones adecuadas para su encauzamiento pueden estos mecanismos actualizarse reiteradamente en distintos contextos del existir del niño constituyendo una brecha yoica que se transforme en obstáculo para su integración psíquica.

II. Agustina-Esther

Algo de esto sucedió en la vida de Agustina.

Cuando murió su papá luego de una larga enfermedad ella tenía 4 años. Es hija única de padres muy jóvenes. Su papá enfermó cuando ella tenía 3 años lo que produjo gran incertidumbre en el medio familiar de la niña llevando a que se estrechara marcadamente el vínculo entre los padres pasando gran parte del tiempo en su casa, solos, rechazando el estar con familiares y amigos. Agustina quedaba con ellos, sola a su vez, desarrollándose como una niña pseudomadura. Ella participaba de las angustias que a sus padres les provocaba el deterioro que le producía la enfermedad al papá. Sin embargo, nunca le hablaron de lo que estaba sucediendo.

Cuando el padre murió, los abuelos maternos le dieron explicaciones muy ambiguas, la madre no le habló. Ésta expresa que no observó ninguna reacción llamativa en Agustina en ese entonces.

Ella, que tenía un vínculo tan estrecho con su marido expresa que no pudo permitirse el dolor para que su hijita no lo sintiera dedicándose con fervor a su profesión. Para ello

debía dejar a Agustina con sus propios padres, abuelos muy absorbentes que entendían que con la pequeña había que funcionar como si nada hubiera pasado.

La mamá de Agustina a la vez, no toleró la soledad que le provocó la muerte de su marido e inmediatamente fueron ambas a vivir con estos abuelos cerrando la casa que había sido su hogar hasta ese entonces. Poco tiempo después ella forma una nueva pareja con un hombre bastante mayor quien pasó a ser una figura muy presente en la vida de la niña.

Es de destacar, que poco a poco se fueron separando de la familia paterna pasando Agustina a llamar también abuelos y tíos a los familiares de su padrastro. Poco después de transcurrir un año desde la pérdida, pasaron los tres a convivir juntos de nuevo en la casa que había sido también del padre.

Actualmente, seis años después en su casa Agustina llama a su padrastro por su nombre, en la escuela se refiere a él como su papá, sin hablar en ningún momento de su padre muerto.

Cuando tiene 10 años su aprendizaje está tan bloqueado que en el colegio le plantean la necesidad de consulta.

Me encuentro con una niña muy contenida en toda su expresión mientras es habitual que haya lágrimas en sus ojos, en especial cuando se refiere a sus dificultades escolares.

Despliega una modalidad de juego en la que todo lo que inicia se interrumpe, cuando intenta dibujar siempre busca algo que copiar pero que nunca encuentra por lo que su intento queda sin desarrollarse.

Su actitud en sesiones transcurre a través de un “sí pero no”. Por ejemplo es habitual que me diga: “Abrí la caja”. Cuando me dispongo a hacerlo me dice, “Noo! Te dije que no la abras!” Yo detengo mi movimiento y ella expresa: “Abrila! Te dije que la abrieras!”

Esta actitud está también presente en su vida cotidiana marcando sus vínculos interpersonales ya que provoca desconcierto en los otros que quedan sin saber a que atenerse frente a sus mensajes. Inocula de este modo su discordia interna entre un no saber de algo que sí sabe, entre un abrir-conocer una realidad que por otro lado necesita mantener clausurada.

Presenta este funcionar en distintas esferas vitales.

Tiene gran dificultad para las matemáticas, un día aprende leyes aritméticas que al otro día las olvida y pasa lo mismo con las normas ortográficas. Su rendimiento es muy oscilante desconcertando a sus maestras pues, así como aprende con facilidad también borra lo adquirido.

La escisión en sus modos de comportamiento y el desconocimiento de una realidad una vez que la aprehende constituyen el drama de su existir.

Esta niña comenzó su análisis hace poco tiempo, con casi 11 años, integrada a una familia que necesita sostener su estructura defensiva y, que consultan cuando ya sus síntomas obstaculizan marcadamente su vivir.

Pienso que es una situación en la cual, la muerte del padre reforzó mecanismos de desconocimiento de lo sabido en la propia madre llevando esto al congelamiento en la niña de un funcionamiento psíquico marcado por el ignorar aquello que puede conocer lo que, como ya dije, se constituye en un obstáculo a sus posibilidades de integración.

Es diferente la situación de Esther.

A los 6 años consultaron sus padres con ella a consecuencia de sus dificultades de separación con su mamá. En el proceso analítico se logró ir trabajando sobre su vínculo cerrado con su madre del cual se fue abriendo. Poco a poco fue surgiendo en ella un claro entramado edípico con avalares ambivalentes hacia ambos padres y con ricas posibilidades de expresión simbólica.

A los dos años de haber iniciado su análisis murió su mamá en un accidente, manejando un auto en el que iban también Esther y sus tres hermanitos. En ese entonces era una niña vital, los padres habían destacado en una entrevista que habíamos tenido poco antes que la veían disfrutar de sus actividades y en sesiones desplegaba un rico mundo de fantasías expresado a nivel lúdico, gráfico e incluso verbal.

La sesión que tuvimos inmediatamente a la muerte de su mamá lloró mucho, sin decir nada, asistida y compartida en su dolor por su papá que entró esta vez al consultorio.

A la sesión siguiente llegó vestida con un buzo que había sido de su madre, negro y blanco, a rayas, que le llegaba casi a las rodillas y que no dejó de usar durante mucho tiempo.

De este modo, estando ella sentada, quieta, sin hablar, con expresión lívida pero sin llorar transcurrían las sesiones.

El impacto de lo que estaba viviendo quedaba puesto en su cuerpo, en su gestualidad estupefacta, en el tinte pálido de su piel y en el color de la ropa elegida.

Era el modo en que Esther podía decir de sí. Se aproximaba a la realidad de la muerte a la vez que tapaba la ausencia materna con su propia presencia viva pero sin vida dentro del buzo de la madre muerta.

Dramatizaba así su saber de la realidad intolerable que a la vez necesitaba desconocer. Ponía en escena una particular identificación con su madre, identificación que por un lado testimoniaba la ausencia y por otro alimentaba su presencia viva en su interior.

De este modo su yo, a la vez que evitaba la muerte del objeto quedaba invadido por la propia situación de muerte dando cuenta ello de una identificación fusional con el objeto perdido.

Se trataba de un mecanismo mental en el que condensaba su saber y su necesidad de desconocer.

De este modo, en ese período la recomposición de lo vivido quedaba paralizada.

Esta situación se prolongaba en el tiempo y eran muy tenues sus manifestaciones que permitieran acceder a un trabajo analítico en el que se diera cauce a lo sucedido. Sin embargo, ella no faltaba a ninguna sesión y muchas veces llamaba por teléfono a horas que sabía que sería yo personalmente quien hablaría y no mi voz en el contestador telefónico. En esas circunstancias me preguntaba ¿"estás ahí"?, o ¿"hasta que hora trabajas"?, o, por ejemplo me decía "ayer, cuando salí me estaba esperando mi abuelo"

Poco a poco pudo ir expresando en sesiones más de sí utilizando distintos recursos simbólicos.

Comenzó un período en que inventaba historias que escribía en un cuaderno en sesiones. Eran historias policiales en las que siempre había un muerto y alguien que investigaba la forma en que se había producido el hecho. Este personaje, el que tenía la misión de indagar era siempre una mujer, a veces una niña, y su investigación solía transcurrir en medio de playas de estacionamientos de autos, en noches lluviosas y heladas.

A la vez que su trabajo de elaboración se tornaba muy fértil fue dejando el ropaje materno y pasó a usar vestidos que la mamá le había comprado.

La identificación fusional inicial en la que su propio cuerpo era testimonio de la presencia en ella del objeto “muerto-vivo” (Baranger, 1961) comenzó a ser mentalizada a través de una doble pero discriminada identificación, por un lado con un objeto vital con fuerzas para explorar la realidad de lo acontecido y, por otro con el muerto y las circunstancias de la muerte.

De este modo, la desmentida de la realidad va cediendo, la escisión se mantiene pero ya no tanto como hendidura yóica sino más bien como palanca a la integración.

También fue desplegando su anterior alegría de vivir.

Quiero destacar que el padre de Esther, se mantuvo todo lo cerca que pudo de sus hijos buscando entender lo que cada uno pudiera estar sintiendo, siendo a la vez, ayudado en esta búsqueda por el resto de la familia, por sus padres, por sus hermanos, incluso por amigos.

III

Al producirse la muerte de uno de sus padres, un chico pierde al menos momentáneamente la posibilidad del encuentro vital con ellos, uno ya no está y el otro está inmerso en los avalares con que opera su propio duelo. Es natural que esto le quite disponibilidad en el vínculo con su hijo pues es sabido que la retracción narcisista propia de determinados períodos del trabajo interno frente a la pérdida incide en el reconocimiento que pueda hacerse de las necesidades de los otros.

Para el padre o la madre en duelo su hijo, ahora huérfano es, de algún modo presencia del muerto y de la muerte en sí.

Se produce en él un doble retraimiento, el que la pérdida le genera y el que se gesta por el testimonio de la ausencia que el hijo encarna y con el cual a su vez el padre se identifica.

Implica complejas dinámicas edípicas (Luz Porras de Rodríguez, com. per.).

Un paciente adolescente que perdió a su padre a los doce años expresaba esto así: “Yo, lo que se es que realmente me hace falta. Como que es difícil crecer sin alguien que te acompañe, que vea los logros que vas teniendo. Es difícil crecer sin un padre y, sin una madre también. Muchas veces esperé que mi vieja reaccionara y no podía hacer nada estaba metida en los problemas, al final estas huérfano.

Te quedas esperando, me quedé a la deriva, te quedas a la deriva sin que nadie te entienda o te acompañe. En sí, cuando falleció mi padre falleció mi madre, también fue un golpe demasiado fuerte para todos, quedé desencajado de todo lugar. Me puse una máscara, me quedé sin diálogo, con mi madre no podía hablar y mi padre ya no estaba.”

En general la muerte de una figura parental en la niñez constituye un quebranto en la organización vital del niño que atraviese esta experiencia.

Muchas veces queda desinvertido por un padre sumido en un mundo de recuerdos dolorosos. Otras veces puede quedar aferrado a una figura parental que lo necesita para obturar el vacío de la muerte, el dolor de la ausencia. Puede suceder también que quede trezado a la estructura defensiva rígida de una madre o un padre frágil congelándose así en el mismo niño la utilización de mecanismos desestimatorios de diferentes aspectos de la realidad.

Cuando a un niño se le muere uno de sus padres queda de algún modo sumergido en un clima de inestabilidad, con vivencias de riesgo en lo que atañe a sí mismo, a los otros y a sus vínculos de afecto.

A la pérdida del objeto se agrega la pérdida de la ilusión narcisística de la omnipotencia infantil tanto en lo que se refiere a sus posesiones afectivas como en el saber de los límites, de la irreversibilidad de las ausencias, de la finitud vital, incluso de su propia posibilidad de muerte.

Diferentes autores han señalado que el modo en que un niño trabaja su experiencia de pérdida está ligado a la subjetivación que de la misma puedan hacer los adultos con quienes convive.

Y ello a su vez, se relaciona con la posibilidad de que éstos tengan de recurrir a las palabras que den cuenta tanto de lo sucedido como de los afectos desencadenados por la situación (Abraham y Torok, 1972; Aberastury, 1973; Hanus, 1976; Bowlby, 1980; Arfouilloux, 1986; Lebovici, 1994; Pelento, 1995)

IV

En un niño la posibilidad de recurrir a las palabras que den cuenta de las representaciones vinculadas a la pérdida depende mucho del tipo de transmisión verbal que pueda hacer el padre que vive y el resto de la familia.

Esto está marcado a su vez por la característica del vínculo padres-hijos y de ellos con su entorno en general.

Podemos pensar que en las situaciones de duelo por muerte de alguno de los padres el vínculo con el padre sobreviviente marcará, de algún modo, las características del trabajo interno que pueda realizar el niño frente a la pérdida.

Retornando a las dos pacientes a las que me he referido encontramos dinamismos que en sus características esenciales son similares. Sin embargo la fijeza y el compromiso de los mismos en la organización psíquica son distintos y, parecen muy relacionados al modo en que el padre que vive transcurrió su duelo por el padre que muere.

El funcionamiento psíquico de Agustina se ha congelado en una organización defensiva que implica una fisura en su funcionamiento ya que lo que está muy atravesado por la forma en que la madre ha manejado la realidad de la pérdida.

Esther, fue sostenida por un padre que pudo sentir su dolor transitando por recuerdos referidos a la madre que transmitía a sus hijos y también pudo tolerar el dolor de éstos, lo que ayudó a que la realidad de la muerte fuera siendo mentalizada por la niña.

Sin embargo, siempre que un niño debe vivir la experiencia de muerte de uno de sus padres encara una separación irruptiva que de algún modo fractura el eje de su continuidad vital.

Se aproxima al saber de una verdad descarnada que golpea su narcisismo en momentos formadores del yo. Se enfrenta al dolor de la pérdida provocada por una ausencia irreversible que a su vez le anuncia el desvanecimiento de un vínculo proveedor de sostén.

Es una incursión imprevista, fuera de tiempo y de lugar sobre los límites de la vida, sobre el transcurrir inexorable del paso de las generaciones. Es un aproximarse a un saber que lo remite a sus vivencias de inermidad, de desamparo, a sus sentimientos de soledad.

Por ende para un niño constituye siempre una particular exigencia de trabajo psíquico para el que necesitará de la disponibilidad personal y mental de los adultos con quienes convive.

El niño está inmerso en una familia atravesada por la “recepción de la mortalidad” (Alizade, 1995) lo que le da una cualidad particular a esta experiencia. El padre que

vive drenar sobre su hijo su manera de recepción de la finitud vital del padre que murió así como también su propia representación sobre este acontecimiento.

El progenitor que sobrevive carga con un doble trabajo de duelo, el de la pérdida de su pareja, pero también el de reubicarse en el ser un padre sin cónyuge frente a hijos huérfanos lo cual a él también lo remite a angustias primarias de añoranza por el objeto protector y de desvalimiento frente a la ausencia.

Los mensajes familiares que obedecen a convicciones ajenas a la realidad sobre la muerte dificultan la subjetivación de la pérdida por parte del niño.

Por ejemplo, los abuelos paternos de Agustina no dejan de destacarle su parecido con el papá y a menudo les escucha decir: “Dios se llevó a Carlos pero nos mandó a Agustina”.

Son mensajes paralizantes para esta niña ya que tienden a borrarle las diferencias generacionales obturándole a la vez la gestación de representaciones vinculadas a la ausencia irreversible. En la fantasía familiar a la que se adhieren sus propias representaciones de sí misma queda ubicada en el lugar del papá muerto sin espacio para simbolizar sus experiencias, sometida a la fuerza de la repetición que plasma en sus conductas.

Queda atrapada en un saber anecdótico de una realidad desmentida por quienes le rodean.

Ella dice: “Yo ya sé que mi papá está muerto, yo lo vi muerto” (?) “Cuando estaba en la cama que se murió y hace poco lo vi en el cementerio”(?) “Sí, vi el cajón y mi abuela me dijo que ahí estaba mi papá”.

V. Duelo e identificaciones

Retomando la situación de Esther, como ya vimos, se daba en un inicio un proceso donde la fantasía quedaba expresada a nivel corporal, sin palabras que vehiculizaran representaciones, borrada la discriminación yo-objeto y, de algún modo habitado el yo por el objeto perdido.

En este caso el encuentro de la niña con el medio familiar, con el padre, e incluso en el trabajo de su propio análisis le fueron dando un andamiaje de palabras que daban cuenta de lo sucedido, por un lado como hecho traumatizante en sí que era, por otro, de la continuidad vital que marcaba su propia historia y la de la familia.

Llegó un momento en que comenzó a querer saber de su árbol genealógico y el escenario del mismo fue desplegado en muchas sesiones.

Desde la realidad sus abuelos se lo iban brindando.

Esther quería saber las formas y tiempos de vida de sus antepasados, los entornos de nacimientos, casamientos y muertes.

De este modo fue introyectando representaciones de vida y de muerte que le permitieron ir haciendo identificaciones múltiples con aspectos de su madre y de otras figuras de su entorno.

Se produjo una movilización de su proceso incorporativo del objeto perdido y, a la vez que se iban desarrollando sus posibilidades de mentalización de la experiencia iban surgiendo identificaciones parciales con funciones vitales del objeto.

La elaboración de la pérdida estaba así directamente vinculada al destino del objeto incorporado.

En cuanto a la expresión de su dolor, pudo comenzar a llorar cuando poco a poco logró recurrir a la palabra. Primero lo hacía cuando el papá le hablaba de su mamá, luego frente a la emergencia de distintos recuerdos de sus experiencias de vida con la madre que titubeante empezó a traer a sesiones. También expresaba su temor de sufrir al hablar y recordar.

Poco a poco lo fue haciendo, y fue sufriendo pero también tolerando su dolor.

Al mismo tiempo se la veía desplegar emociones variadas referidas a distintos hechos de su vida.

Podemos pensar que en un inicio se dio un proceso identificatorio con características masivas implicando una situación de indiscriminación *con el estado fantaseado del objeto* (muerto-vivo). Baranger (1961, 1980).

Por lo fusional, por el objeto mismo de la identificación (moribundo) V por lo cercenado que quedó su yo se trata de una identificación tanática.

Al ir discriminándose su yo del objeto incorporado y al ir diferenciando los estados de vida y muerte el proceso identificatorio se dirigió *hacia las funciones vitales del objeto* (gestante, protector, edípico) tomando a la vez éste un carácter dinámico.

La movilización de estas identificaciones se vincula al entramado representacional que pudieron brindarle los adultos que la sostienen.

En Agustina, en cambio, su proceso identificatorio vinculado a la pérdida está en parte paralizado. Podemos pensar que se condensan en ella identificaciones con el padre muerto lo que se expresa en sus dificultades en asimilar y conservar sus conocimientos, en el enfermarse ya que ha tenido varias internaciones, en el no expandirse a la vida y por otro lado rasgos identificatorios con la organización defensiva materna-familiar la que cabalga en la desmentida de la realidad de la pérdida.

No se trata de una identificación fusional como la que vivía Esther pero sí, de un proceso identificatorio rigidizado que la encierra en mecanismos repetitivos que le dificultan el despliegue de la simbolización necesaria para la elaboración paulatina de la pérdida. Parece estar atada al objeto que no está vivo ni muerto quedando de este modo su propio yo con mutilaciones en su funcionar.

De algún modo termina repitiendo situaciones en las que queda marginada de la realidad cotidiana en que vive, encerrada en palabras-mensajes no propios, sin espacio para el despliegue tanto del trabajo de duelo como del trabajo analítico.

Lo no dicho por su madre ha llevado a que en ella se instaure lo indecible.

Esto dificulta su desprendimiento de la figura paterna cuya ausencia ha sido obturada por la presencia del padrastro llamado “papá”.

VI. Algunas conclusiones

El proceso de duelo va unido al tiempo de elaboración y al espacio de la simbolización.

En un niño puede quedar trabado si los adultos que lo sostienen no le ofrecen representaciones que le permitan trabajar mentalmente con la pérdida.

Dichas representaciones son vehiculizadas con las palabras referidas a la experiencia vivida, lo que permite la modificación paulatina de las identificaciones con el objeto perdido. Las mismas en los niños pueden cobrar particular fuerza cuando la figura faltante es a la vez objeto pulsional y objeto de identificación como sucede con los padres. El destino de las identificaciones marca el trabajo del duelo. Inmediatamente a la muerte éstas pueden referirse al estado fantaseado del objeto perdido que en un inicio no puede ser concebido ni vivo ni muerto.

Se caracterizan por ser masivas y fijas teniendo como consecuencia la indiscriminación yo-objeto.

Con la subjetivización de la pérdida las identificaciones pueden movilizarse y se van desplazando desde el estado fantaseado del objeto a sus funciones vitales.

Esto puede ser entonces expresado en contenidos simbólicos que continúan abriendo nuevas vías de elaboración.

Cuando por diversos motivos el trabajo de duelo se paraliza aquellas tienden a rigidizarse defensivamente, son actuadas y no pueden ser usadas como bagaje interno movilizante del mundo representacional.

Bibliografía

1. ABERASTURY A. 1973. La percepción de la muerte en los niños. Bs. As. **Rev. Psicoanál** 1973; XXX (3-4): 689-702.
2. ABRAHAM N, TOROK M. Introjecter, Incorporer, Deuil ou melancolie. **Nouv Rev de Psycha** Gallimard 1972; N° 6:111-22.
3. ALIZADE A. 1995. **Clínica con la Muerte**. Bs. As., A. E.
4. ARFOUILLOUX J. 1986. *Los Niños Tristes*. México, Fondo de cultura económica.
5. BARANGER W. 1961. **El muerto-vivo: estructura de los objetos en el duelo con los estados depresivos. Problemas del Campo Psicoanalítico**. Bs. As. Kargieman, pp. 217-229.
6. ——— 1980. Conclusiones y problemas acerca del objeto. En: **Aportaciones al Concepto del Objeto en Psicoanálisis**. Bs. As. A. E. pp 306-321.
7. BOWLBY J. 1980. **La Pérdida Afectiva**. Barcelona, PAIDÓS, 1993.
8. FREUD S. 1886-1899. **Publicaciones prepsicoanalíticas**. Bs. As., A. E. Tomo I, 1976.
9. ——— 1900. **La Interpretación de los sueños**. Bs. As., A. E. Tomo V, 1976. pp. 458.
10. ——— 1917. **Duelo y Melancolía**. Bs. As., A. E. Tomo XIV 1976, pp. 235-255.
11. ——— 1920. **Más allá del principio del placer**. Bs. As., A. E. Tomo XVIII 1976, pp. 1-72.

12. –_____ 1926. **Inhibición, Sin toma y Angustia**. Bs. As., A. E. Tomo XX 1976. PP 71-164.
13. –_____ 1927. **Fetichismo**. Bs. As. A. E. Tomo XXI, 1976 pp. 141-147.
14. –_____ 1938-1940a. *Esquema del Psicoanálisis*. Bs. As., A. E. Tomo XXIII, 1976 PP.203-206.
15. –_____ 1938-1940b. **La Escisión del Yo en el proceso defensivo**. Bs. As., A. E. Tomo XXIII, 1976 pp. 273-278.
16. HANUS M. 1976. **Le deuil chez l'enfant**. "La Pathologie du deuil". Rapport de Psychiatrie. Paris. Masson éditeur. pp. 21-48.
17. KLEIN M.1934. **Una contribución a la psicogénesis de los estados maníaco-depresivos**. Bs. As., PAIDÓS, O. C. Tomo 2. 1983. pp. 253-278.
18. –_____ 1940. **El duelo y su relación con los estados maníaco-depresivos**. Bs. As., PAIDOS, O. C. Tomo 2.1983. pp. 279-301.
19. LÉBOVICI S. 1994. Le travail de deuil chez l'enfant. Le Deuil. Monographies de la **Revue Francaise de Psychanalyse**. Paris. PUF. pp. 77-93.
20. PELENTO ML. 1995. Algunas consideraciones sobre duelos en la infancia. Diarios Clínicos, 6. **Duelo y Trauma**. Bs. As. Lugar Edit.